

bajos y aficciones, sin ningun consuelo, ni humano alivio. Aprende, devoto, aprende á renunciar el mundo con sus comodidades: aprende á postrarte como desterrado y peregrino, y ofrécete á la carga de los trabajos.

178. Considera ahora en el viage, y pon todas, tus atenciones en el Niño Jesus, que por lo tierno y delicado es el que mas padece, y no pienses por junto y como en confuso sus trabajos: si has caminado, fácilmente lo pensarás; y si no sabes de caminos, atiende que aquí se pondrán los quebrantos, que comunmente en los caminos se padecen, y así irás considerando cada uno de por sí en tu Dios Niño peregrino. Piensa lo primero que el caminar á pié, y aun á caballo, cuando el viage es largo, destronca, y quebranta las fuerzas mas robustas. Piensa en un Niño, que ni aun tiene ocho años, el mas delicado y tierno de los nacidos de mugeres, como va á pié un camino de doscientas leguas de largo; y mas de las ciento de despoblado, como dice San Buenaventura. ¡Qué trabajos, qué cansancios, qué soles, qué sudores, qué frios, qué hambres, qué sedes, y qué congojas pasaria! En todo Egipto jamas llueve: y así solo hay vivienda en donde puede haber riego: todo lo demas son arenales muertos, que no producen sino espinos secos y desabridos, y estos con el viento se quiebran, y las espinas se entrapan en la arena: con que el que va caminando por aquellos parages á pié, padece cinco trabajos inexcusables, y cada uno es bastante á rendir los dromedarios; pues muchas veces se quedan muertos ellos y los caballos en aquellos arenales. El primer trabajo es el entrarse el pié en la arena hasta media pierna; y esto solo basta á rendir al mas fuerte; por cuya causa son raros los que por allí andan á pié. Piensa en tu Dios Niño tan cansado, que muchas veces no podia ir ni adelante ni atras porque la ternura le rendia á tanto pisar de arena. Y no es eso lo mas, sino que has de pensar, que yendo su Magestad divina de esta manera, cuántas espinas de aquellas que estaban entre la arena se le clavarian en los pies y en las piernas, porque no llevaba zapatos, sino sandalias; y es de creer que el Niño Dios las sufria, hasta que el rastro de la sangre se conocia en la arena, y entónces ¡con qué dolor y pena se las sacaria nuestra Señora! ¡Qué afliccion la del señor San Josef! Y como los consolaba el Señor, diciéndoles que no se afligiesen de lo que él se gozaba: que si no sabian que habia venido á derramar su sangre por los hombres,

y que las mayores congojas eran el no derramarla toda desde luego: que dejasen salir aquellas gotas, para que siquiera en aquello se desahogase su corazon. Mira los desahogos de tu Dios, y mira los tuyos. El Señor se desahoga derramando por ti su sangre; y tú te desahogas pecando contra él: á ti te ahoga el ansia de pecar y ofenderle; y al Señor le ahoga el ansia de redimirte y salvarte. Piensa lo otro en la fatiga que le causaba el sol, que es terrible en aquellos parages, y por eso lo andan de noche, y en camellos y dromedarios, que andan mucho; porque de dia abrasa el sol á los que caminan, no solo con sus rayos, sino con la arena, que la enciende de manera, que abrasa los pies de las cabalgaduras; y reverberando en ella el ardor, abrasa sin comparacion mas el reflejo de la arena que el calor del aire. Mira y atiende á tu Dios y á su Madre, que por ir á pié y solos caminaban de dia. ¡Qué abrasados llevarian aquellos santísimos piés! ¡Qué encendidos aquellos divinos rostros! ¡Y qué sudados los santísimos cuerpos! Junta é eso la falta del agua, que si no se lleva no se halla; y aunque llevasen alguna, ¡qué caliente iria! Piensa en tus regalos, en tus aguas de nieve, en tus bebidas, en tus abanicos, y en tus salas frescas para el verano, y confúndete. Piensa lo otro en el viento, que si le habia de servir de algun refrigerio, cuando soplabá, entónces le servia de doblado trabajo. Lo uno, porque así el Niño, como nuestra Señora llevaban faldas; y si les cogia por delante, con las túnicas les impedia y quebrantaba mas las fuerzas; y como nuestra Señora iba cargada, le era de mayor trabajo, por la batería que hacia en la ropa; y lo otro, como la arena es tan ligera, la levantaba y les daba con ella por los rostros, y los cegaba y hacia otros males. Piensa luego, despues de tanto cansancio y fatiga, que la posada era en el campo, y el lecho en el suelo. Considera tú qué podria ser la comida, sobre no ser carne, que no la probaba el Señor ni su Madre, y en un desierto, y pobres, que nunca pasaria de unas migas, ó un poco de fruta seca, con pan y agua solo, y eso duro y vizcochado, y el agua caliente, y otras veces salobre, y otras ninguna.

179. Considera al Señor, que habiendo pasado con los trabajos que has oido todos aquellos arenales, llegó á los desiertos de la Tebaida, y por ellos á las montañas y montes altos de Palestina; y ahí le verás con nuevo género de trabajos. Ya sabes cuán distinto es caminar por llano que por

montes, cuevas arriba, y cuevas abajo, y arroyos, quebradas y rios; y fuera de eso, si llovía era mucho trabajo. Dice San Buenaventura que salieron de Egipto por el mes de Enero, y así llegarían por Febrero á estos parages, que era invierno. Piensa, pues, en los frios que padeció el Niño, criado en las tierras calientes: cuántas veces le anochecería todo calado de agua, llenos de lodo sus divinos piés, mojada la frazada y encharcado el suelo, y sin casa ni abrigo para la noche: con que si había de descansar, había de ser en el suelo mojado y frio, y el poco bastimento que llevaba el Santo Josef mojado. Piensa á este modo cuántos trabajos son imaginables, y cárgaselos todos, porque á ninguno huyó el cuerpo santísimo por tu amor.

180. Considera con San Buenaventura, cómo habiendo llegado nuestra Señora y el Niño Dios á lo último de aquellos desiertos, se encontró con San Juan Bautista, niño de nueve años no cumplidos, que hacía penitencia en aquellos montes, y puedes hacer así la consideracion: que estando el niño San Juan en oracion en su cueva, retirada del camino, tuvo revelacion de que su tia y primo venían de Egipto, y de todos sus trabajos y hambres, y de todo cuanto habían pasado en los caminos; y el santo niño se levantó, cogió un canastico con langostas, panales y frutas silvestres, y se bajó al camino á esperarlos. Llegaron; y el niño Juan con luz divina conoció al Niño Dios. Piensa con cuánta reverencia se echaría á sus piés, y atiende á la humildad con que le adora, y da las gracias por tantos beneficios como le hace con su venida. Piensa cómo el Niño se regala con aquella alma pura, cómo le levanta del suelo, y con amor y cariño excesivo le abraza, y luego le llega á su santísima Madre. Mira cómo el niño se arrodilla y humilla á los piés de su tia, y le da la bienvenida, y con muchas lágrimas siente el verlos tan maltratados, asoleados, y trabajados de los caminos. Mira con qué amor abraza nuestra Reyna á su sobrino, y cómo se sientan y descansan con él; y no pienses que se olvidó el niño Juan de pedir su bendicion á San Josef; y luego cogió su canastico, y puesto de rodillas ante el Señor y su Madre, fué sacando el regalito que les traía, rogándoles que tomasen algo; y por darle gusto lo hicieron. Y por último, es de creer, que el santo ermitaño los convidaría con su cueva, y que la Reyna del mundo le pediría á su santísimo Hijo, que se quedasen aquella noche en la cue-

va del sobrino. Piensa qué noche sería aquella, y qué coloquios entre los cuatro, y cómo habiéndole preguntado nuestra Reyna por los egercicios y vida espiritual, le enseñaría otros mayores y de mayor perfeccion, y luego por la mañana, dándole su bendicion, se despedirían, dejándole el alma llena de inmenso gozo. Aquí puedes tú alargarte á la oracion que tuvieron, y cómo todos estaban pendientes de las palabras que hablaba el Niño Dios, y cómo se recogieron á descansar, y el niño Juan les guardaría el sueño, puesto de rodillas en altísima oracion junto al Niño Jesus.

181. Considera cómo María santísima llegó á su casa á Nazareth, y ahora la hallarás con nuevos trabajos y necesidades; porque desde que salió de ella para Belen, cuando nació el Niño Dios, hasta entónces, que ya habían pasado ocho años, había estado sola la casa, y casa vacía: considera cómo con tanto tiempo estaría toda maltratada la tarima de nuestra Señora, las mesas y bancos podridos con la humedad, y todos los demas trastos consumidos: con que necesitaba de armar de nuevo casa, y no había medios para ello; con que jamás salía de necesidades, pobreza y trabajos. Puedes aquí considerar, que así que se supo en el lugar que había llegado nuestra Señora, los parientes y amigos luego ocurrirían todos á darle la bienvenida: porque era consuelo de todos, y todos habían estado huérfanos con su ausencia. Piensa cómo todos se alegraban con la vista del Niño, y sentían en sus almas un extraordinario consuelo y devocion: y viendo la casa tan mal aparejada, cada uno procuraría remediar por su parte la necesidad de nuestra Señora. Llégate tú con los que llegan, y postrado con humildad á los piés del Hijo santísimo, le dirás: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Dios mio sois, Señor, y por tal os confieso: Dios mio sois, y como á tal os glorifico, alabo y adoro; y luego, vuelto á la sacratísima Virgen, dale los parabienes de haber escapado á su divino Hijo de la crueldad de Heródes, y dale la bienvenida, y luego trata de ser el primero en remediarle sus necesidades. Mira que de todo se halla falta: de leña, de fuego, de agua, de pan, de cama, de luz, y así de todas las demas cosas. Atiende á cada una de por sí, y en lugar de cada cosa dile las Ave Marías que te dictare tu corazon, con las circunstancias de devocion que se te ofrecieren, ó poniéndote en cruz, ó besando la

tierra, ó pellizcándote, ó haciendo algunas obras de mortificación, penitencia y caridad.

182. Considera cómo el Niño Dios todos los años subía una vez con su Madre santísima al templo de Jerusalem, en donde hacía oracion por los pecadores. Considera cómo en estas ocasiones se esmeraría nuestra Señora en llevar á su Hijo santísimo aseado, y aunque pobre, limpio y aderezado con cuanto pudiesen alcanzar sus fuerzas. Piensa que por aquellos caminos el Niño se llevaba tras sí los ojos de todos por su rara hermosura, y que todos le echarían mil bendiciones, diciendo: bien haya tal Niño, y la Madre que tal parió! ¡Bendito sea Dios, que tal hermosura crió! Y volviendo á la Madre santísima, viendo aquella singularísima hermosura junta con la mayor modestia y compostura que jamas tuvo pura criatura, dirían todos, llenos de admiración, y encendidos en devoción: ¿pues y la Madre no reparais? ¿Habeis visto cosa tan modesta, tan honesta, virtuosa y santa? Todo nuestro interior se compunge solo con verla. ¡O bendita sea la Madre, y bendito sea el Hijo! ¿Y con esto te parece á ti que se podrían contener las piadosísimas entrañas de Hijo y de la Madre? ¿Te parece que podrían oír aquellas bendiciones, sin corresponderles con las suyas? ¡O qué de riquezas iban esparciendo por aquellos caminos! A unos dolor de sus pecados: á otros fervorosos actos de amor y esperanza: á otros inspiraciones y auxilios de gracia y luz divina: á otros devoción y recogimiento interior; y á todos conforme hallaban la capacidad de sus almas. ¿Piensas tú que con estos favores irían solos tus Señores, y que aquellas gentes se apartarían un punto de su compañía? No lo creais, porque todos irían absortos y compungidos, rezando salmos y divinas alabanzas; que estos frutos debes tú pensar que hacía en las almas el Señor y su Madre cuando salían. Lo que has de hacer es acompañarlos: adonde fueres, llévalos siempre contigo en tu consideracion, sin apartarte jamas de tan santa compañía: lleva en tu corazon y lengua sus alabanzas, que yo te aseguro, que cuantas veces digeres: *bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el Fruto de tu vientre Jesus*, otras tantas recibirás en retorno las bendiciones del Hijo y de la Madre.

MISTERIO QUINTO.

Del Niño Dios Perdido, y hallado en el Templo.

183. CONSIDERA cómo nuestra Señora en una ocasion de estas, siendo ya de doce años el Niño, lo perdió en Jerusalem, y fué de esta forma: que habiendo celebrado la fiesta, y hecho oracion en el templo, el día que se habia de volver, como era costumbre de aquella gente, salían por una puerta las mugeres, y por otra los hombres, y así apartados caminaban todo aquel día hasta la noche, y entónces se juntaban las familias. Sucedió pues que al salir del templo, el Niño Dios se ocultó de la vista de su Madre santísima, y del señor San Josef; y cuando nuestra Señora salió que miró por él, como no le vió, juzgó que se habia ido con los hombres en compañía del Santo; y el Santo, que tambien tenia cuidado del Niño juzgó que iba con su Madre. De esta manera caminaron todo aquel día; que á buen seguro que á nuestra Reyna se le haría un siglo. Llegaron á la noche, y cuando María santísima vió que no venía con San Josef el Niño, y supo del santo que no le habia visto en todo el día, fué bien necesario un especialísimo auxilio de Dios para no caerse muerta de pena. ¡O Dios mio y Padre eterno clementísimo, que me habeis dado á vuestro Hijo, y yo me descuido en guardárosle! (diría exclamando de lo mas profundo de su alma nuestra Reyna) ¡O Señor y Dios mio, que lo perdí por mi descuido! ¡O altísimo Dios, y poderosísimo Rey mio! confortad mi alma en tan grande tribulacion. Atended, Padre mio dulcísimo, que desfallece mi corazon asaltado de repente de una tan impensada fatiga. ¡O Señor, usad de vuestras misericordias con vuestra esclava, y decidme: ¿en dónde está mi esperanza y todo mi bien? ¿En dónde está mi vida y todo mi consuelo? ¿En dónde podré hallar al Hijo de mis entrañas, y á mi Dios ausente y perdido? ¡O amantísimo Hijo mio! ¿Qué os habeis hecho? ¿Adónde os fuísteis, dejándome sola y desamparada? Bien sabeis que esta es la primera vez que me hallo sin vos, despues que me hicisteis vuestra Madre. Dios verdadero sois, y sabeis que sin vos es impo-